

Valeria Tentoni. *PIRÁMIDE*. Santiago: Pez Espiral, 2023: 60 pp.

La estrategia retórica que Tentoni emplea desde el epígrafe de su libro es la de cifrar el mundo desde la imaginación, usando las conocidas materialidades de la noche, los zorzales, los perros, los picaportes, las ventanas, las antenas, los lápices afilados. Con ello elabora pirámides, construye jardines y juega desde los ecos del silencio.

Pirámide, figura invocada desde su título, nos invita a construir aquello que no existe, a diseñar en la nada un imaginario de lo invisible, a hacer asible aquello que no se ve en el mundo concreto, palpable. Tentoni emplea materiales reconocibles por los sentidos del cuerpo para traducir emociones: soledad, nostalgia, desidia; los edictos del espíritu. Es una poética que enuncia los silencios, los intersticios, lo que no decimos.

En el primer poema, “El zorzal canta”, trastoca las funciones naturales del ave, propia del aire, puesto que cambia su vuelo en la noche por un recorrido acuático por el fondo marino. Es un procedimiento frecuente del hablante el uso de figuras de contradicción y de alteración de los sentidos. Así también, el uso de elementos y objetos naturales son de uso común en estos poemas, dice el hablante: “No hay nada entre el zorzal y yo” más que un universo emocional (9). La noche, como materia oscura donde se precipita el pensamiento, así como los colores, la luz y la sombra, son filigranas que otorgan sentido a las emociones del hablante.

Los colores tienen significados propios. El azul es un color salvaje y es el color de los amantes, el violeta representa el misterio, la magia, la espiritualidad. Dice: “el violeta es el color más querido del hombre” (10), así, sin identidad, el hombre a secas, como un todo universal. El hombre pinta, a su vez, a la mujer violeta, invitando, pareciera, al misterio. “El hombre” también tiene rostro violeta para el hablante, indicando una identidad difusa y es que los sujetos en sus poemas nunca tienen rostro definido: son colores, ausencias, silencios y noche.

A diferencia del libro *Antitierra* (2015), cuyos poemas son más narrativos, cuentan una historia, nombra sujetos y referentes (Whitney Houston, Leonardo Da Vinci, Charly García, Alejandra Pizani), y también del libro *Piedra preciosas* (2018), en estos poemas de *Pirámide* el hablante es más difuso y los sujetos que participan dentro del poema son también carentes de una identidad definida, no se encuentran dentro del marco de una historia específica.

Al hablante de Tentoni le atraen los sujetos que se alejan, los sujetos que dan la espalda, son oro que atrae hacia la oscuridad. El hablante se sienta a esperar la luz dentro de una bolsa, en la tierra oscura. Las pesadillas no buscan hacerse descifrables,

se quedan en el lugar del inconsciente, no son reveladas. El hablante permanece en lo oscuro, en lo oculto, aguardando la luz.

Otro procedimiento frecuente de *Pirámide* consiste en otorgar nuevos sentidos sobre lo cotidiano, sobre lo doméstico, lo mínimo y lo usual. Lo pequeño, como el pulgar y el índice, destruye el mundo entero en un juego de inversiones. Las cartas en la mano de una mujer, ya sean cartas de tarot o recordando un juego de mesa, son capaces de partir las alas de una mariposa: “la rubia, sin pedir perdón ni conocer del todo su malicia”, destruye (12). Otorgar nuevos sentidos a acciones cotidianas puede verse también en “La oficina abandonada”: el padre le cocina y pica cebollas, que no es otra cosa que el disimulo del llanto. Este padre pica cebolla y se aleja “por capricho” (14), marcando un deseo aparentemente impulsivo y arbitrario, entonces el hablante nos sugiere al padre como un individuo autónomo que acciona una historia velada al hijo.

El hablante en el libro de Tentoni siempre está sugiriendo, dando forma a los silencios, entregando nuevos sentidos a los colores, a los objetos, a las materialidades, no explicita nada, nunca es frontal, es una poética que se introduce tibiamente entre los pliegues del cuerpo, fluyendo, menguando, con disimulo y, en este sentido, puede interpretarse como una poesía más sofisticada, que la distingue de sus libros anteriores.

En el poema “En un jardín prestado descubro” (14), el jardín, que tradicionalmente ha simbolizado la naturaleza ordenada por el hombre en el mito judeocristiano, un lugar de encuentro de los amantes, como en el *Cantar los cantares*, y que ha perseverado la literatura medieval y renacentista, en estos poemas es un jardín de la nostalgia, que rememora el origen, los primeros recuerdos y, como en todo origen, el hablante es un niño cuyos pensamientos se encabritan, saltan y dan cabriolas en el espacio del silencio. El jardín equivale a un punto de fuga, es un momento, porque el jardín es prestado, no es un lugar para permanecer, es un espacio transitorio, un desahago permitido por el impulso quizás ingenuo de la imaginación.

El jardín también es un refugio. Los refugios en Tentoni toman diferentes formas, los encontramos en la figura de la pirámide y también en las iglesias. El refugio en líneas rectas, seguras, en edificaciones que ordenan. En “Por qué entro en las iglesias” el hablante exalta la perfección de los confesionarios, el silencio en medio de la ciudad. La iglesia es una guarida donde todo tiene una sintonía particular, dice: “hasta las flores que se pudren son hermosas dentro de las iglesias” (19). Así, la iglesia es una certeza, construcción material de la fe y no importa si esa fe es la nuestra o no, lo que interesa es que da forma y soporte a las emociones.

Otro aspecto interesante en la poesía de Tentoni es esta idea que persevera sobre las palabras como una revelación, las palabras le descubren al hablante lo que no quiere saber de sí misma, como en “Paro en medio de la ruta” (54), y suele ocurrir que lo hace mediante el lenguaje de objetos insignificantes de lo doméstico y lo cotidiano, a modo de “flechas lanzadas en la oscuridad” (30), como una excusa para decir algo insinuando otra cosa, lo importante se vela. También encontramos poemas donde las

cosas parecen ser y no son, en un juego de incertidumbres, como en “La mitad de las luces del día” y “Crearás que se podría haber evitado”. Este último versa:

*El perro mueve la cola, espera,
Parece
que sonríe. Pero solo es un perro
moviendo la cola (36).*

Estos poemas no solo descubren al hablante lo que no quiere saber, también le revelan a quienes no le quisieron, como en “¿Y qué buscábamos...?”, “Un sentimiento”, “Pisoteaste”, “Eclipse” y “Madera que pudo haber sido fuego”. En este último el hablante dice “Ofreciste esos ojos a las infinitas capaz de distancia que superan y unen el futuro y el futuro miró hacia otro lado” (35), así el hablante responde al rechazo sin tocarlo, le respira cerca, pero no lo nombra.

Estos poemas son una especie de descubrimiento, el hablante busca responderse sobre su propia naturaleza y finaliza con la respuesta, no obstante, esta respuesta no es para nosotros, sino para sí mismo, no le interesa develarse al lector:

*En cuclillas
la frescura sube,
la pampa se eleva,
yo descendo.
Al fin huelo
a lo que soy (54).*

Los poemas de *Pirámide* son un viaje íntimo que insinúa, que se descubre introspectivamente con las armas del cotidiano, con la inversión de los sentidos, con la noche, el aire, con perros y zorzales, pero permanece encriptado sobre sí mismo, marcando sus propios códigos, sus propios acentos y sentidos, con sutileza y elegancia.

Greta Montero Barra
Universidad de Chile

